

HARO TEGLEN

EL CREPUSCULO DE LAS TECNOCRACIAS

El gobierno que van a tener los Estados Unidos es, según la feliz invención de su inventor y patrón, un gobierno de «generalizadores». Esta palabra parece un epitafio a los Gobiernos de tecnócratas. Quizá no sea un epitafio y sea sólo un oscurecimiento, un crepúsculo, como se dijo de las ideologías —lo dijo Raymond Aron— cuando pareció que los tecnócratas estaban destinados a ocupar el puesto de los políticos, a los que con un exceso de benevolencia se ha llamado los ideólogos. Nixon ha presentado por televisión este grupo de sonrientes quincuagenarios, grises y modestos, provincianos, tranquilos, eruditos al parecer en unos cuantos temas y legos —o casi— en la materia en que han de ejercer su ministerio. Desconocidos del mundo, desconocidos de la nación. Conocidos, y muy conocidos, muy amigos, del Presidente electo Nixon, que les ha presentado como dotados de algo que él llama «extradimensión». Richard Nixon tiene, sin duda, alguien que elige muy bien su nuevo vocabulario. Por como define esta «extradimensión» parece ser que se trata de lo que normalmente se llama sentido común, y parece ser también que se trata de personas que tratan de reivindicar el regreso a la política, no como «clase» en el sentido en que lo empleaba Gaetano Mosca, sino como vocación, como sensibilidad, como profesión. No pertenecan a la pequeña política, no son ratas de Washington, aunque su carrera les haya hecho pasar más de una vez por la capital federal. Estos «generalizadores» estarían destinados a crear la imagen contraria de aquellos «técnicos» que se van, de aquel McNamara —que ya se fue—, calculador por cerebros electrónicos de las etapas y los incidentes de una guerra que se ha perdido, de aquel Dean Rusk —que aún está—, experto y empírico de las relaciones exteriores, bajo cuya dominación los Estados Unidos se han ido aislando de sus amigos. Si la nueva etapa cuaja, pronto veremos a los gobiernos de imitación de todo el mundo desembarazándose rápidamente de su tecnocracia y buscando los generalizadores que generalicen la política. Que la humanicen. Sin entrar ahora en polémicas sobre el nuevo humanismo.

Podría decirse —y se dice— que Nixon, en realidad, no hace más que una retirada táctica. Bajo este gobierno hay otro, el de los «consejeros». Nixon ha escogido cuidadosamente el equipo sufrido que en las noches de insomnio de la Casa Blanca organiza el «pensamiento» del Presidente. Los consejeros —como Kissinger, como Moynihan— parecen menos generalizadores y más especialistas de lo que resulta el gobierno —el gabinete, no lo olvidemos, de «secretarios», y no de ministros, es decir de personas que ejecutan al frente de los Departamentos, y no «ministerios», las instrucciones del Presidente— lo cual puede ser una forma de cubrirse. Otra forma de cubrirse es la «ampliación por la base». Si este gabinete de amigos bien moldeados es homogéneo y compacto, si no deja grandes resquicios al ala liberal del partido, si no mezcla razas, tendrá, en cambio, como auxiliares, según las instrucciones de Nixon, hombres que representen las minorías, los grupos, las diferencias étnicas, las regiones, de un país tan diverso como es el que se trata de gobernar. Hay tres estratos. El gabinete de «generalizadores», los consejeros presidenciales, «expertos», y los funcionarios, de base federal. Este perdedor ha debido pensar mucho en sus años de ostracismo en las fórmulas para sujetar bien el poder, una vez atrapado, y que no se le vaya de las manos como se le ha ido a Johnson, dimisionario al cumplir su primer período presidencial, y alocado ahora en busca de un colofón glorioso —paz en Vietnam, negociación con la URSS— cuando ya se encuentra con el reloj de arena de su tiempo casi vacío. Nixon puede tener ocho años para hacer historia y para sostener el poder. Con un gabinete gris y sin brillo, todo el

mérito debería corresponderle. Como también cualquier fracaso posible.

Si nos atenemos a estas apariencias, la política regresa al galope al campo de donde fue prematuramente expulsada. La política ha sido lo que en el verano pasado tomó su venganza en Checoslovaquia, y lo que no ha podido vencer el movimiento militar soviético. Los políticos de Praga —enormemente hábiles, enormemente tenaces— estaban enterrando un cuarto de siglo de tecnocracia. La política hizo su aparición en mayo, en las fauces de los jóvenes lobos que asomaban tras las barricadas. La política cincelaba los rostros lejanos de Cohn Bendit y de Dubcek, los antiguos políticos olfatearon bien lo que estaba pasando, y Mendes-France salió de su letargo, aunque fuera para perder, como Edgar Faure salió del suyo para intentar ganar. De Gaulle buscó en Faure, para ministro de Educación Nacional, un viejo político, un «hombre intercambiable», como dice Nixon que son los suyos, que ha descansado su figura maciza en las poltronas de varios ministerios sin especializarse en ninguno. Y cuando los tecnócratas de la banca mundial, los hombres de Zurich y Basilea, decretaban la devaluación del franco, fue un solo golpe político, el de De Gaulle, el que les llevó la contraria.

Se sabe cuál es la fuerza doctrinal de la tecnocracia. Se basa en la idea de que el mundo se ha convertido en algo tan complejo que sólo los técnicos pueden dirigirlo. En el fondo de esta idea hay propósitos más profundos. Lo que se llama el apolitismo, basado en la suposición de que los técnicos están «por encima» de los partidos y las ideologías. Se sabe ya que el apolitismo es la mayor fuerza de apoyo de los poderes establecidos, del estancamiento de las clases sociales. Si el mundo es complejo, tanto que los hombres dedicados a la política no lo pueden abarcar y deben cederlo a técnicos, el llamado hombre de la calle no puede de ninguna manera aspirar a dirigir el rumbo de su vida, que debe depositar en manos de los técnicos. Los puntos de emparentamiento de esta tecnocracia, de esta sinarquía, con los recientes fascismos son muy palpables. Lo hubieran sido menos de haber resultado válidos. No lo han sido. En las dos naciones que sirven de guía —y de contrapunto— al mundo, los gobiernos de técnicos han fallado. A los tecnócratas de Moscú se les llama hoy stalinistas, como a los tecnócratas de Washington se les está llamando fascistas, ambas cosas con evidente impropiedad —la sangre y las prisiones del stalinismo y de los fascismos no se confunden con nada—, pero sí como la expresión sintética de unas fórmulas de gobierno a las que se han ido emparentando.

Todos los sucesos —abundantes— del año 1968 en el terreno de la política internacional y de las varias políticas nacionales, originales y reflejas, tienen ese carácter de un levantamiento humanista frente a la tecnocracia, en pro de la participación de todas las capas de población en las tareas de gobierno. El gobierno de «generalizadores» de Nixon podría ser un reconocimiento de esta serie de circunstancias, y digo podría ser porque hasta que no se le vea en funcionamiento, hasta que no se sepa cómo Nixon instrumenta sus músicos intercambiables, no se sabrá cómo suena la orquesta. Podría ser sólo una apariencia, un disfraz. Podría ser, como creen la mayor parte de los comentaristas europeos y americanos, la búsqueda de unos elementos dóciles y demasiado encantados con su nuevo papel como para reaccionar que permitieran el gobierno de Nixon como una sola persona y de las oligarquías que le han elevado como un poder invisible. Es decir, podría ser no el final de la tecnocracia, sino el disfraz nuevo de unas mismas fuerzas. Todo está aún por ver. Como está por ver el desarrollo de los acontecimientos mundiales que se mueven con una dinámica muy distinta de los acontecimientos políticos.